

El tema de la llegada y recepción de los héroes en la epopeya de Quinto de Esmirna

Inés Calero Secall

Universidad de Málaga. Departamento de Filología Griega,
Estudios Árabes y Traducción e Interpretación.
Campus de Teatinos. 29071 Málaga. Spain

Data de recepció: 4/11/1994

Abstract

This paper studies the Quintus of Smyrna's narration of the arrivals and receptions of the heroes in Troy. It shows that the episodes are structured in a rather symmetrical way, although he introduces some variations into narrative scheme. For this reason, in order to avoid so much similarity, Quintus uses the resort of parallelisms and contrasts when he is dealing with the characterization of such heroes.

La búsqueda de efectos de simetría y contrastes constituye uno de los rasgos más conspicuos de las *Posthoméricas* de Quinto y ello porque, como hombre de su tiempo que fue, las escuelas de retórica ejercieron una fuerte influencia en su obra, cuyo estilo revela esa formación escolástica, no ya en la existencia de antítesis en el interior de la frase, como en el juego de simetrías y contrastes que preside tanto el contenido como la forma¹.

La narración de las recepciones de los héroes de las *Posthoméricas* reposa también sobre el mismo recurso estilístico, pues si en lo que se refiere al procedimiento compositivo se aprecian claras analogías, por otro lado contrastes conceptuales en la actitud atribuida a los personajes parecen innegables.

Pues bien, en el marco de las *Posthoméricas* asistimos a la llegada, ex profeso a Troya allende su ribera, de cinco personajes que se incorporan al curso de la guerra, a requerimiento de griegos o troyanos, con la importante misión de servir como baluarte de salvación de sus respectivas tropas. Así Penthesilea llega de la corriente del Termodonte (I 18), Memnón de Etiopía (II 101), Eurípilo de la orilla del Caico (VI 122), los griegos Neoptólemo y Filoctetes de Esciros (VII 169-170) y Lemnos (IX 353-354) respectivamente.

Por tanto, a este motivo de la llegada y posterior recepción de los héroes Quinto dedica varios episodios aderezados de multitud de correspondencias no sólo de contenido, sino también de orden puramente formal; y aunque ello imprima a su

1. Véase VIAN, F. (1963). *Quintus de Smyrne. La suite d'Homère*, I, París, p. XXXVIII.

obra un marcado sello de repetición, se observa, a la vez, una intencionada búsqueda de variedad a medida que avanza la obra².

Pues bien, las llegadas y recepciones de Pentesilea (I 18-123), Memnón (II 100-163) y Filoctetes (IX 444-528), aunque con ligeras variantes, son en esencia similares, mientras que en la de Neoptólemo (VII 413-463; 630-727) y, de alguna manera, en la de Eurípilo (VI 119-166; 297-315) se introduce una notoria modificación en la estructura de la composición.

Si nos fijamos únicamente en la narración de las llegadas, nos daremos cuenta de que domina una clara voluntad de simetría. Es evidente que nuestro poeta no desea aludir de forma somera a estos acontecimientos, sino que tiene sumo interés en narrarlas con todo lujo de detalle. Y dada su fidelidad a las lecciones escolares, su narración está sujeta a un molde tan rígido que les confiere el mismo diseño a todas ellas. A la hora de desarrollarlas literariamente, lejos de sorprendernos con modos nuevos de presentación de su personaje, nos encontramos con un rosario de motivos idénticos: la entrada del héroe en loor de multitud a suelo troyano en compañía de un gran contingente de guerreros, el clima de expectación que se abre ante el pueblo esperanzado, la alegría que este evento provoca.

Pues bien, Pentesilea aparece acompañada de las Amazonas (I 52-53), Memnón de los etíopes (II 101), Eurípilo de los ceteos (VI 168), y Neoptólemo, que no supone un refuerzo extranjero, de un número reducido de griegos (VII 348).

Como decíamos, la incorporación de estos héroes al campo de batalla significa una inyección de esperanza para las tropas beligerantes. Para dotar de una acentuada expresividad a este sentimiento que despierta en los demás guerreros, la comparación se incorpora a la narración como instrumento visualizador de sus entradas en loor de multitud. Nada más efectuarla, los héroes son objeto de comparaciones paralelas tomadas del mundo cotidiano³. Así la presencia de Pentesilea en Troya evoca la imagen del arco iris cuando a los campesinos se presenta como precursor de lluvias reconfortadoras de sequía⁴ (I 63-69); la de Memnón causa a los troyanos la misma impresión que la aparición de Hélice para los desesperados marineros en medio de una terrible tempestad (II 103-105); Eurípilo inspira en los troyanos los mismos deseos que los gansos hambrientos de comida (VI 125-127), mientras que la llegada de Neoptólemo significa lo mismo que la brisa para los marineros detenidos en el mar por la falta de viento (VII 455-460). Además la tímida esperanza que el vetusto Príamo abraza con el refuerzo que aportan las amazo-

2. Hemos de decir, sin embargo, que la recepción de Filoctetes constituye una excepción, por cuanto, pese a ser la última, se ajusta, en cierto modo, más al modelo de los primeros libros que al de los posteriores.
3. En las *Posthoméricas* se encuentra un gran número de símiles por imitación de la poesía homérica. Sobre los 219 símiles que contiene esta epopeya, consúltese NIEMEYER, K.A. (1883-1884). «Ueber die Gleichnisse bei Quintus Smyrnaeus», *Programm des Gymnasiums zu Zwickau*. Un estudio de las comparaciones ha sido también llevado a cabo por VIAN, F. (1954). «Les comparaisons de Quintus de Smyrne», *Revue de Philologie*, 28, p. 30-51.
4. Para Paschal estas comparaciones que Quinto ha tomado de cosas que él ha visto con sus propios ojos, muestran una excelente descripción que les imprime «una gran viveza, frescura y naturalidad», PASCHAL, G.W. (1904). *A Study of Quintus of Smyrna*. Chicago, p. 39.

nas se plasma en otro símil con un hombre convaleciente de una enfermedad oftálmica, quien, por fin, puede ver la luz (I 76-82)⁵.

Pues bien, siendo como es la comparación un elemento de adorno en la obra de Quinto, no son estas las únicas comparaciones que el tema suscita. A estos largos símiles que simbolizan el efecto causado por las respectivas entradas, les siguen otros cuya finalidad es definir desde el momento que aparecen la personalidad del personaje en cuestión.

La radiante belleza es la cualidad que Quinto prefiere resaltar en Pentesilea, a la que asemeja a la luna (I 37-40) y a Eos (I 48-51), cuando sobresalen en el anchuroso cielo entre las estrellas o las Horas. La fiereza del león servirá para subrayar la virilidad de Eurípilo (VI 132) y Neoptólemo (VII 464-471) en claro contraste con las asignadas a la mujer que en realidad es Pentesilea⁶.

Esta simetría estilística se hace aún más evidente, cuando las correspondencias descienden incluso al campo lexical y aparecen fórmulas semejantes, con alguna que otra *variatio*, para indicar la emotividad de los guerreros. La expresión «a su alrededor el pueblo (troyano o griego) se mostraba jubiloso» la encontramos formulada mediante *γηθῆω* y *χαίρω*. Así la locución de *Τρώες γηθεον* de I 72 también se registra en VI 128 y con una variante *γηθόσουν* en II 103. *Λαοὶ κεχάροντο* de II 106 se encuentra también en VI 124 como en VII 462 y VI 315. Con *ἀμφιγάνυμι* en I 62. Es decir, la rigidez de la composición desciende en este caso hasta idénticas locuciones.

En la narración de la llegada de Filoctetes, Quinto se ciñe a las mismas pautas simétricas: causa la alegría de los aqueos *κεχάροντο Ἀχαιοί* (IX 445) y provoca la comparación, pero por razones mitológicas no podía ser del mismo tenor que las anteriores, porque su entrada no podía ser triunfal al estar enfermo y extenuado. La escena de un hombre cojo y sostenido por sus compañeros no evoca más que la imagen de «una encina a medio cortar» que se tambalea (IX 451-457).

Parece necesario no silenciar además los esfuerzos de Quinto por magnificar un rasgo que aúna a estas figuras mitológicas. No son unos guerreros de segunda fila que están interesados en contribuir al éxito en la batalla. Son, excepto Filoctetes, propiamente héroes, cuya naturaleza está revestida de una manifiesta grandiosidad por la sangre divina que corre por sus venas⁷. Pentesilea es hija de Ares⁸ (I 55), Memnón de Eos (II 111), Eurípilo es nieto de Heracles (VI 136-138) y Neoptólemo de Tetis (VIII 25). Pese a carecer de sangre divina, Filoctetes no era un hombre vulgar; había sido fiel compañero de Heracles⁹, quien le había recompensado con las armas (X 204-205).

5. Este símil es considerado por Bassett como uno de los mejores de Quinto de Esmirna; cf. BASSETT, S.E. (1925). «The Laocoon episode in Quintus Smyrnaeus», *American Journal of Philology*, 46, p. 251.
6. Quinto intenta presentarla como una mujer. Sin embargo, para el concepto de amazona como un ser preadolescente femenino/masculino, véase PAGE DUBOIS (1979). «On horse/men, Amazons, and Endogamy», *Arethusa*, 12, 1, p. 45.
7. La distinción de los héroes realmente consiste en el linaje. Los héroes son hijos de dioses o tienen un antepasado divino; véase, BÉNARDÈTE, S. (1963). «Achilles and the Iliad», *Hermes*, 91, p. 3.
8. También en Apollod. *Epit.* V,1; *Verg. Aen.* XI 661.
9. S. *Ph.* 1132.

Además sus armas no podían ser obra de un simple mortal, como al hilo de la narración se nos va diciendo. Las de Pentesilea procedían de Ares (I 141), las de Memnón y Neoptólemo fueron forjadas por Hefesto (II 455 y VII 447) y a Filoctetes las flechas y el arco le fueron donados por Hércules (IX 395-397; X 179, 204). Con respecto a Eurípilo, cierto que el poema no indica la procedencia de sus armas, pero el hecho de que su escudo merezca el calificativo de δῖος (VI 198) y el haber sido objeto de una *ekphrasis* en la que se describen los trabajos de Hércules puede ser indicativo de la calidad extraordinaria y poco común de sus armas.

Sin embargo, un gran abismo separa a Neoptólemo y Filoctetes del resto¹⁰. Tanto Pentesilea como Memnón y Eurípilo son jefes de un ejército extranjero, cuya celebridad les ha reportado su participación en la guerra en calidad de aliado. Se perfilaban como inminentes salvadores de Troya, pero en su interior portaban inconscientes la semilla del fracaso. A sus ansias de triunfo pone coto la muerte, Pentesilea y Memnón van a caer en manos de Aquiles, Eurípilo en las de Neoptólemo. Este y Filoctetes, en cambio, no son aliados extranjeros, sino de nacionalidad griega, cuya participación en la destrucción de Troya se debe a una profecía revelada por Calcante, en virtud de la cual no podía ser tomada la ciudad sin la intervención de ambos¹¹. Es preciso observar que sus entradas no están, si cabe, rodeadas de tanta parafernalia como la de los anteriores y, sin embargo, los dos van a resultar, a la postre, los artífices del triunfo. Les rodea un halo triunfador que en el fondo los otros no tienen. En realidad, contrasta la descripción de las entradas triunfales de los primeros con las más modestas de los segundos.

Y es que, pese a los imperativos de la tradición, parece como si hubiera una deliberada intención por destacar una de las máximas del pensamiento de Quinto, el Destino como supremo poder del universo, en el sentido de que, por muy buenas que sean las intenciones que posea el hombre como portadoras de garantías seguras de éxito, al final es el Destino quien marca las pautas del curso de los acontecimientos, pues era impensable que aquella imagen de hombre enfermo y cojo con la que Filoctetes aparecía pudiera tener visos prometedores de éxito, si no es porque interviene el Destino.

Frente a las demás, la llegada de Neoptólemo y Filoctetes a Troya se produce gracias a la incorporación de un nuevo componente desconocido en las anteriores, la embajada. La presencia de ambos en Troya obedece a la embajada griega enviada en su busca, a causa de la profecía revelada por Calcante¹². Odiseo

10. En el *Filoctetes* de Sófocles hay también detalles de paralelismo entre Neoptólemo y Filoctetes. Para ello, cf. HAMILTON, R. (1975). «Neoptolemos' story in the *Filoctetes*», *American Journal of Philology*, 96, p. 132-133.
11. En otros autores es debido a una profecía de Heleno: S. Ph. 605-606. En Apollod. *Epit.* V, 9-10. Calcante advirtió de que Heleno conocía los oráculos que precedían el modo de tomar Troya. El troiano reconoció la necesidad de la intervención de Neoptólemo. También en Apollod. *Epit.* V, 8. Calcante anunció que el arco y las flechas de Hércules eran imprescindibles para la conquista de la ciudad.
12. Para los textos que recogen el tema de la fatal necesidad de la presencia de Neoptólemo y Filoctetes para la conquista de Troya, remitimos a RUIZ DE ELVIRA, A. (1979-1980). «Filoctetes y Neoptólemo», *Cuadernos de Filología Clásica*, 16, p. 9-15.

y Diomedes¹³ se desplazarán a Esciros (VI 56-115; VII 169-413) para llevarse a Neoptólemo y, más tarde, a Lemnos¹⁴ tras Filoctetes (IX 325-445)¹⁵.

Pues bien, si el esquema estructural de estas embajadas resulta similar, vertebado por las mismas partes: designación de la embajada, viaje por mar, las negociaciones y el regreso de nuevo a través del mar, se aprecia, no obstante, una falta de uniformidad en la disposición de las mismas. Frente a la concisión y estilo indirecto de la embajada a Lemnos, la enviada en busca de Neoptólemo se caracteriza por una gran extensión, en la que predomina el discurso como elemento principal. Abarca cuatro jornadas, desarrollada en dos libros: la partida de la embajada (1ª jornada) (VI 96-115), la llegada a Esciros (2ª jornada) (VII 169-252), el regreso (3ª jornada) (VII 253-400) y la llegada a Troya (4ª jornada) (VII 400-414). La embajada a Lemnos, repartida en dos jornadas (IX 334-433) (IX 433-445), ocupa sólo un libro, puesto que la partida, llegada y conversación con Filoctetes son relatadas de forma más sucinta. Es al amanecer de la segunda jornada cuando emprenden viaje de regreso y sin hacer noche en el mar llegan a Troya, cuya proximidad a Lemnos tuvo que tener en cuenta nuestro poeta en la distribución de las jornadas.

Por lo tanto, frente a la simetría compositiva que reina en la narración de las llegadas, se introduce un desequilibrio formal entre las dos embajadas. Toda la escena de Filoctetes es una narración continuada en verso, patética, en la que se pretende poner en juego los resortes de la emotividad sin ser interrumpida por ningún otro episodio ni diálogo, salvo por la intercalación de la leyenda de las mujeres lemneas (IX 338-352¹⁶).

Sin embargo, ni de lejos la composición de la embajada a Esciros muestra parecido. Es en medio de una asamblea donde se lleva a cabo el nombramiento de los embajadores, en la que interviene Calcante para revelar la profecía que anuncia a Neoptólemo como el destructor de Troya. Él mismo designará a Odiseo y Diomedes como los conductores de la embajada (VI 56-67). Ante tal designación Odiseo hace gala de la cualidad que siempre blasona: el compromiso de hacer uso de su habilidad persuasiva para convencer a Neoptólemo (VI 72-83).

Hay además una detallada descripción de los preparativos del viaje (VI 97-100) que la de Lemnos no contiene. Tras ello el relato de la embajada se interrumpe por la inclusión de unas cuantas escenas bélicas, cuyo hilo narrativo es retomado para situar la acción en otro lugar, en Esciros, donde se encuentra el término del viaje. En este momento Quinto da un giro en su narración para introducir un episodio de sesgo totalmente distinto. Toda la carga bélica que comporta la misión de la embajada queda eclipsada por las emotivas escenas de la despedida de su

13. En Apollod. *Epit.* V, 11, son Odiseo y Fénix los integrantes de la embajada a Esciros. En la *Pequeña Iliada* de Lesches (Resumen de Proclo, Allen, p. 106) sólo fue Odiseo.

14. También son Odiseo y Diomedes quienes se dirigen a Lemnos en Apollod. *Epit.* V, 8, pero en la *Pequeña Iliada* de Lesches (Resumen de Proclo, Allen, p. 106), Diomedes únicamente.

15. Quinto sigue la versión de la *Pequeña Iliada* y de Sófocles, según las cuales Filoctetes llega a Troya después de Neoptólemo. Pero en Apollod. *Epit.* V, 8, su llegada tiene lugar antes.

16. Esta leyenda es contada también en Hdt. VI 138, 4.

madre Deidamía. Es claro que este episodio de Esciros sirve de marco para cultivar la etopeya. En él se pone de relieve la extraordinaria personalidad de Neoptólemo, en cuya actitud se manifiestan con nitidez dos aspectos diferentes de su carácter. Su belicosidad y humanidad. Su formación estrictamente masculina de cultivo de las artes militares no empece para que ostente ante su madre gestos de una infinita ternura (VII 328). Cuando se entera del motivo de la embajada, su amor filial y su sentido del deber¹⁷ se ponen frente a frente. Pero la aceptación de su destino terminará por triunfar como la respuesta a los embajadores demuestra: «Si me llaman los aqueos por causa de un oráculo, vayamos mañana inmediatamente sobre los vastos abismos del ponto, por si llego a ser luz para los dánaos» (VII 220-222). Y es que, como en los héroes homéricos, en Neoptólemo se produce, empleando las palabras de Schmitz¹⁸, una *polarité de contraires*. Como en Héctor, en él se combina la fogosidad bélica con la sensibilidad. En la ocultación a su madre del objetivo de la embajada se revela una gran humanidad (VI 235-236). Pero también el hijo de Aquiles se mueve entre la cortesía y los dones hospitalarios. Y precisamente en la acogida que Neoptólemo otorga a los embajadores hay evocaciones de la hospitalidad que dispensa Aquiles a sus compañeros que en calidad de embajadores llegan con la importante misión de persuadirle a que deponga la cólera¹⁹.

Si cabe, existen más correspondencias con la embajada homérica que con la que se dirige a Filoctetes, por lo que hay indicios para pensar que Quinto tenía *in mente* a Homero a la hora de componerla. La designación de embajadores en la *Iliada* como en las *Posthoméricas* se realiza en el curso de una reunión en la que participan los principales jefes griegos. De la misma manera que el nombramiento de Fénix, Odiseo, Ajax y los dos heraldos, a propuesta de Néstor, se expresa directamente en el relato (*Il.* IX 168-170), el de Odiseo y Diomedes por Calcante se realiza en las *Posthoméricas* del mismo modo (VI 59-67). Las promesas de regalos y matrimonio con sus hijas son concebidas como medios eficaces de persuasión por los atridas Agamenón (*Il.* IX 120; 142) y Menelao (Q.S. VI 85-92). Cuando llegan los embajadores, Aquiles y Neoptólemo son los primeros en dar la bienvenida. Las palabras de Neoptólemo: ὦ ξεῖνοι, μέγα χαίρετ' ἐμὸν ποτὶ δῶμα κιώντες (VII 179) son una réplica de las de Aquiles: χαίρετον. ἢ φίλοι ἄνδρες ἰκάνετον (IX 197). Tanto en la *Iliada* como en las *Posthoméricas* la exposición de los motivos de la embajada corre a cargo de Odiseo (*Il.* IX 225-306 = VII 183-218). En ambos discursos asoman las ofertas matrimoniales de sus soberanos como recompensa a sus servicios y adoptan la misma imploración como medio persuasivo. Los dos Odiseos se sirven de expresiones análogas: σὺ δ' ἄλλους περ Παναχαιοὺς τειρομένους ἐλέαιρε» (*Il.* IX 301-302) = ἐλέαιρε τάχιστα καὶ Ἀργεῖους ἐπάμυνον (Q.S. VII 191).

17. En Neoptólemo el valor guerrero y el sentido del deber se unen en una fusión armónica y coherente; véase FERRARI, L. (1963). *Osservazioni su Quinto Smirneo*. Palermo, p. 45.

18. SCHMITZ, A. (1963). «La polarité des contraires dans la rencontre d'Hector et Andromaque (*Iliade*, VI, 369-502)», *Les Études Classiques*, 31, 2, p. 134.

19. La famosa embajada de *Iliada* IX 162-655.

Sin embargo, si en la *Iliada* de los dos modos de salir de la dificultad para obtener la reconciliación, «Néstor opta por la compensación, mientras que Odiseo le otorga un verdadero *status* de embajada»²⁰, el Odiseo posthomérico prefiere la actitud de Néstor y aporta aún, por su propia iniciativa, la promesa de las armas de Aquiles en su poder como otro argumento más de persuasión (VII 194-195). Y en las breves palabras que Neoptólemo le responde: «De mi matrimonio se preocuparán los dioses más tarde» (VII 225), parece como si aflorara un rechazo de los beneficios que debe obtener a cambio de sus servicios en una tímida reminiscencia de la rotunda negativa de Aquiles a recibir regalos²¹. Da la impresión de que Neoptólemo, como su padre, quiere dar a entender que su ayuda es desinteresada sin necesidad de obtener beneficios a cambio²².

Además, como decíamos, padre e hijo coinciden en ser depositarios de la hospitalidad, Aquiles ordena a Patroclo servir a los embajadores una copa de vino (*Il.* IX 201-204), Neoptólemo les invita a participar de la mesa (VII 223-224); pero éste se muestra mucho más sumiso y condescendiente que su padre; en él no se observan los rasgos tan fuertes que caracterizan a Aquiles, cuyo orgullo herido e indignación le inducen a adoptar una postura tenaz. Pero hay que comprender que Aquiles tenía sus motivos y, además, «un hombre fuera de la común tenía que obedecer reglas comunes»²³.

En honor a la verdad no podemos silenciar que las consecuencias de ceder al objetivo de la embajada para ambos héroes son distintas. Para Aquiles supone un sometimiento a la voluntad de sus compañeros, una humillación al cambiar de actitud, por lo que tiene que elegir entre el honor y la salvación de sus amigos²⁴, mientras que para Neoptólemo representa todo un honor la llegada de la embajada que lo alza como el inminente destructor de los muros de Troya.

Por tanto, por estos elementos de corte homérico que cristalizan en este episodio de las *Posthoméricas* parece probable que la embajada de la *Iliada* pudo servir a Quinto como modelo.

Al margen ya del estilo indirecto, la embajada a Lemnos difiere en muchos detalles de la de Esciros, si observamos con detenimiento su contenido. Queda bien claro que Odiseo no toma la iniciativa de las negociaciones, sino que son ambos embajadores quienes logran convencerlo (IX 422-423). La persuasión no se plantea en términos de súplica, dado que no hay un verbo que denote tal acción; en cambio, la compensación para disuadirlo de su antigua actitud viene dada, no en promesas de regalos ni esposa, sino, como era de esperar, en proposiciones de curación (IX 410-411). La propuesta del envío de embajadores procede también de Calcante (IX 325-332), pero no son designados por él, sino por los atridas (IX 334).

20. Cf. SAUGE, A. (1990). «La scène de l'ambassade: Les préliminaires (*Iliade*, 9, 162-223)», *Ziva Antika*, 40, p. 67.

21. Para ello, consúltese CLAUS, D.B. (1975). «*Aidôs* in the Language of Achilles», *TAPhA* 105, p. 25, para quien el rechazo de los regalos por parte de Aquiles «*have a basis in patterns of aidôs*».

22. CLAUS, D.B. art. cit., p. 27.

23. SAUGE, A. (1992). «*Iliade* 9: L'attitude d'Achille», *Ziva Antika*, 41-2, p. 28.

24. Véase BASSETT, S.E. (1934). «The *Ἀμαρτία* of Achilles», *TAPhA* 65, p. 68.

Pero, en esencia, las dos embajadas convergen en un mismo punto que nos parece ilustrativo del pensamiento de Quinto. La fuerza disuasoria que obliga a ambos a la aceptación la tiene el destino como el supremo regidor del universo. Además el tema de la embajada sirve como vehículo para llegar a la etopeya de los personajes. Si Neoptólemo, frente a su afamada fiera, respira por todos lados sensibilidad y hospitalidad, Filoctetes representa la conducta resignada ante las vicisitudes que depara el destino. Como en el caso de Aquiles, los objetivos de su embajada son idénticos. Los embajadores homéricos y posthoméricos tienen la misión de hacer deponer una actitud igual. Es verdad que la reacción de Filoctetes ante las injurias infligidas por el atrida contra su persona provoca el mismo *χόλος*²⁵ que el de Aquiles en la *Iliada*, pero Filoctetes no es ya un héroe de la saga primitiva, es hijo de otros tiempos, de otra mentalidad. La corriente estoica cristalizaría en las *Posthoméricas* con la presentación de un personaje que fácilmente se deja convencer y que está lejos de poseer ese profundo sentido del honor del héroe Aquiles.

Sorprende, en cambio, la afluencia de detalles simétricos en el relato descriptivo del viaje de regreso en las dos embajadas posthoméricas. Así en los preparativos del viaje encontramos la misma alusión a las amarras *πείσματα* (VII 372 = IX 435) y a las anclas, *εὔνοι* (VII 373 = IX 435); a la velocidad de las naves merced a la fuerza del viento (VII 394 = IX 439-440); al rugir de las olas a su alrededor, *ἔβραχε κῦμα* (VII 396) = *ἀμφέστενε κῦμα* (IX 440), amén de referencias a la intervención divina de claras reminiscencias homéricas. Serán Poseidón (VII 374-375) y Atenea (IX 436-437) los artífices de la buena marcha de la travesía²⁶.

Pues bien, una vez que los héroes pisan tierra troyana, son objeto de un caluroso recibimiento por parte de los principales jefes de las tropas. Y si analizamos las escenas de la llegada de los héroes, observaremos que, tras ellas, la narración se ocupa, sin excepción, de las recepciones, a través de las que Quinto tiene ocasión de mostrarnos, con ayuda del juego armónico de semejanzas y contrastes, la conducta del guerrero ante la inminencia del combate.

Hay que tener en cuenta que, pese a la existencia en todas ellas de motivos simétricos, el intento de romper con el rigor compositivo que el poeta impone en el tratamiento de las primeras recepciones se hace evidente en la composición de las posteriores. Y si aflora gran sintonía entre la de Pentésilea y Memnón, en la de Eurípilo y, sobre todo, en la de Neoptólemo se evidencian ya alteraciones sustanciales.

De todas maneras lo interesante es que en las recepciones nos encontramos como elemento imprescindible con el banquete, cuya celebración tiene lugar al filo de la noche en la víspera del combate, amenizada con la bienvenida, agasajos e intercambios de promesas y con la consiguiente retirada para pernoctar, pero tales motivos se ven afectados en alguna recepción por la modificación de su disposición en el relato.

25. Sobre *χόλος* y *ἄχος* como conceptos éticos en la *Iliada* que están relacionados con el *ethos* heroico, véase COLLINS, L. (1987). «The Wrath of Paris: Ethical Vocabulary and Ethical Type in the *Iliad*», *American Journal of Philology*, 108, 2, p. 222-224.

26. Todos estos detalles parecen tomados de *Il.* 1 479-482.

Las frecuentes concordancias entre las recepciones de Pentésilea y Memnón son notables. Nada más entrar por las puertas de la ciudad son recibidos por el rey Príamo, por lo que sus recibimientos se producen en el momento de sus llegadas; ambas tienen como protagonista a Príamo, quien les ofrece banquete y regalos; una vez agasajados pernoctan en su palacio; en cambio, la narración en estilo indirecto de la bienvenida de Pentésilea contrasta con el diálogo como componente en la recepción de Memnón. Y esto no se limita a la forma: la existencia de contrastes conceptuales también nos parece innegable. Bajo la luz de estas dos recepciones se nos brinda la oportunidad de presenciar dos reacciones diferentes ante el compromiso contraído de salvar a Troya.

Ante la proximidad de la batalla, Pentésilea se compromete a «matar a Aquiles y destruir el vasto ejército de los argivos» (I 94). En las mismas circunstancias la reacción de Memnón es muy diferente: «No es necesario en el banquete vanagloriarse ni hacer promesas, sino comer con tranquilidad y ponerse a pensar en estrategias adecuadas, pues, si soy o no bravo y valiente, tú lo sabrás en la batalla» (II 148-152).

Ante estas dos conductas antitéticas nos es fácil discernir las cualidades definitorias de ambos caracteres. Frente a la fatuidad de Pentésilea, la modestia de Memnón; frente a la insolencia de aquella, la mesura del héroe; frente a la impiedad de la heroína en el campo de batalla, la clemencia de Memnón cuando se enfrenta a Néstor (II 309-318). Es legítimo pensar que esta actitud de piadoso respeto para con la ancianidad que otorga a Memnón preciosos ribetes de humanidad tiene el mismo soporte ético que el demostrado por Aquiles para con Príamo²⁷ (II. XXIV 507-551)²⁸. Esta conmiseración hacia el enemigo que contraviene, sin duda, las normas de la saga heroica desaparece, sin embargo, en los restantes combates, en los que vuelve a ostentar los rasgos esenciales del ideal de ἀριστεία heroica. De nuevo la soberbia y la implacabilidad con el enemigo están presentes en el guerrero (II 411).

No es difícil imaginar que Quinto somete ambos comportamientos a la ley de contrastes, que derivan de dos campos diferentes: el masculino y el femenino. Hay una firme voluntad de presentar no únicamente dos personajes distintos, sino dos mundos opuestos. La actitud de Pentésilea aparece, a los ojos de Quinto, rezumante de ὕβρις, pues nos dice: «Mi ardor es mayor que el de los hombres» (I 562). Es verdad que tales palabras no serían inapropiadas a un talante heroico; su error, en realidad, reside en la adopción de una actitud opuesta al modelo de conducta femenino. La pretendida superioridad sobre el hombre de la que alardea la heroína trasgrede la virtud de la *sophrosyne* femenina. Pero hay un segundo error en el que incurre Pentésilea, en su instrucción en el arte de la guerra reservada únicamente al hombre, puesto que le está usurpando su rol²⁹, ya que es al hombre a quien

27. Es la comprensión que obtiene Aquiles del sufrimiento; remitimos a WILSON, P.C. (1938). «The πᾶθει μάθος of Achilles», *TAPhA*, 69, p. 573.

28. Por este pasaje y por su actitud en la embajada, Aquiles es inmortalizado, no por la matanza de troyanos; cf. TAPLIN, O. (1980). «The Shield of Achilles within the *Iliad*», *Greece & Rome*, 27, p. 16.

29. Cf. WALCOT, P. (1984). «Greek Attitudes towards Women: The Mythological Evidence», *Greece & Rome*, 31, p. 42.

la sociedad impone el rol destructor, nunca a una mujer. Es el eterno planteamiento dicotómico de la mujer para la paz, el hombre para la guerra³⁰.

Y como modo de afirmar su rechazo a esta actitud, Quinto enriquece su idea con las críticas de Andrómaca (I 100-114), consagrada como el modelo de mujer ideal. Aun cuando nuestro poeta alabe las gestas de Pentésilea ante los muros de Troya, sus constantes referencias a su belleza y encantos revelan que él no comparte la conducta bélica de la amazona. Y por muchos elogios que haga de su belleza, ya desde el principio, como ha observado Schmiel³¹, se nos transmite una imagen negativa de Pentésilea, por ser fratricida (I 24) y por desear la guerra cruel (I 20). Además ninguna loa hace Príamo de sus anteriores gestas, aunque la mitología no nos brinde una concreta; sin embargo, el rey troyano se deshace en alabanzas militares con Memnón. Es claro que Príamo no confía del todo en ella. Y este sentimiento que le inspira la amazona aflora a través de ciertos detalles que a primera vista se nos escapan. Los honores que le dispensa son más propios de una hija que de un héroe que va a salvar a Troya (I 86), la alegría que siente es mínima (I 84), aunque Quinto subraye luego que es a causa del recuerdo de sus hijos (I 85), mientras que ante la llegada de Memnón Príamo «más que ningún otro se mostraba jubiloso» (II 106-107); ha de adoptar la compensación con otros regalos como recurso para incentivarla al combate, mientras que la grandeza y cualidades bélicas de Memnón eliminan cualquier necesidad de más promesas de regalos como estímulo para luchar. Los obsequios que recibe Memnón son los estrictamente necesarios en la cortesía de la hospitalidad, pero nada más. Frente a ello, la oferta de otros regalos que hace Príamo a Pentésilea tiene la apariencia de que ella no es obsequiada, sino comprada. Quizá resida aquí un modo de desprestigiar a la heroína³².

Además, como hemos observado con anterioridad, antes de hablar Memnón, Príamo se complace en hacer una larga presentación de sus combates y méritos anteriores. Tal vez sean los argumentos de los que se sirve Quinto para enfatizar su comedido comportamiento: grandeza heroica anterior frente a moderación actual, con el fin de contraponerlo a Pentésilea. Bien es verdad que, por muy dotado que esté de cualidades heroicas, Memnón va a obtener el mismo resultado que Pentésilea, la muerte en el campo de batalla; pero sus combates no van a ser ni mucho menos, bien que se preocupa nuestro poeta de manifestarlo, de la misma naturaleza. La caída de Pentésilea ante Aquiles es de una rapidez asombrosa. En el preciso instante que se acerca Aquiles se produce la derrota y muerte de Pentésilea. Esta derrota fulminante traduce el desequilibrio de fuerzas que muy mucho el poeta se preocupa de manifestar. En cambio, el combate entre Memnón y Aquiles es el de dos adalides, dos colosos o gigantes de fuerzas idénticas (II 518), sólo que el legado mitológico impone la muerte de Memnón a manos de Aquiles. Ya la extensión

30. Es el mismo planteamiento que surgió entre Héctor y Andrómaca. Ella se atrevió a dar un consejo militar y obtuvo como respuesta el recuerdo de que lo suyo eran las labores domésticas; para ello véase FARRON, S. (1979). «The Portrayal of Women in the Iliad», *Acta Classica*, 22, p. 24-25.

31. SCHMIEL, R. (1986). «The Amazon Queen: Quintus of Smyrna, Book 1», *Phoenix*, 40, p. 189.

32. Según Vian, la promesa de otros regalos puede ser un eco de una variante, según la cual la amazona era una mercenaria seducida por el oro de los Priamidas, VIAN, F. op. cit., p. 16, n. 1.

del relato del combate indica la igualdad de fuerzas entre ambos. Nuestro poeta no se cansa de repetir lo equilibrado que estaba resultando. No hay, por tanto, analogía entre Pentésilea y Memnón. Ella es una aficionada en asuntos guerreros que cae a manos del hombre, Memnón es un guerrero de la talla de Aquiles³³. Ella se permite desafiarlo, con lo que osaba perturbar el buen orden establecido entre los sexos. Pero enseguida Aquiles restablece la norma, como puntualiza Tyrrell³⁴, con su *sword/phallus*.

Por lo que a la recepción de Eurípilo respecta, la composición revela, por el contrario, la existencia de variantes en el modo de llevarla a cabo. Se altera el orden del esquema de la recepción. La bienvenida, en la que se nos comunica el «pedigrí» del personaje, se dispensa no durante el banquete, sino en el camino, a través de la ciudad, hacia los aposentos de Paris, pues será él quien le otorgará los honores en su palacio. Que ello sea síntoma de la categoría inferior de Eurípilo, como apunta Ferrari³⁵, parece evidente, además por la total ausencia de alusiones a sus gestas pasadas. Ello nos sugiere que nuestro poeta no está interesado en encumbrarlo en el papel de héroe del más alto grado, pues lejos de alabar sus hazañas, se decanta por hacer elogios de su corpulencia y belleza (VI 296-303). Por supuesto que el requisito del banquete como parte integrante de la recepción no desaparece, pero es narrado como de pasadas, en un estilo indirecto con una extensión de una sorprendente brevedad (VI 180-184). Celebrado en el palacio de Paris, encontramos de nuevo en él a Príamo como el máximo cuestor de sus habilidades guerreras para salvar Troya, pero se observan grandes ausencias como los regalos y los elogios en el marco de una bienvenida. Da la impresión de que todo ello ha sido como hilvanado al relato, porque en realidad el hilo conductor de la recepción irá de la mano de Paris, quien precisamente al día siguiente, en los preliminares del combate, suplicará con el discurso como medio la defensa de los troyanos (VI 297-307). En este aspecto se introduce un componente de disimetría con respecto a la recepción de Memnón. La petición y promesas de éxito que en ésta tuvieron lugar en la noche del festín, Quinto lo retrasa ahora hasta la mañana siguiente, cuando Eurípilo pertrechado de todas sus armas se dispone a combatir.

Por lo que respecta a la vertiente humana, Eurípilo está más cerca de Memnón que de Pentésilea. De ellos no emana el insolente atrevimiento de la amazona. Eurípilo, como Memnón, hará todo lo que está en sus manos (II 36 = VI 184), pero cuestiona el éxito en la lucha (VI 314). Ante las elogiosas palabras de Paris que lo encumbra como el máximo exponente del guerrero, su respuesta es clara: «Te juro esto, que no regresaré hasta que venza o muera» (VI 312-314). A nuestro juicio, sus palabras son el antídoto de las de Pentésilea y son utilizadas en detrimento de ella. Con ello se desacredita a Pentésilea, mediante la oposición de dos talentos

33. Sobre el legendario paralelismo entre estos dos héroes, remitimos a SLATKIN, L.M. (1986). «The Wrath of Thetis», *TAPhA*, 116, p. 2-3

34. TYRRELL, W.B. (1982). «Amazon Customs and Athenian Patriarchy», *ASNP* 12, 4, p. 1214. Quinto también se detiene en relatar el amor de Aquiles hacia Pentésilea después de matarla.

35. Cf. FERRARI, L. op. cit., p. 13.

diferentes, el masculino y el femenino. Así mientras que la ignorancia de la amazona lleva a tal atrevimiento, el conocimiento masculino de las artes marciales enseña a ambos a ser conscientes de sus limitaciones. Aquí nos encontramos con unos signos que poco concuerdan con el ideal mítico por excelencia; justificados, es verdad, por la evidente lejanía de aquella primitiva época, pero observados también en los héroes homéricos, cuya apariencia más propiamente denotan una tendencia que es ya antimítica³⁶.

La uniformidad compositiva que con variantes hemos analizado se rompe con el relato de la recepción de Neoptólmo (VII 630-727). Lejos de prodigársele los honores de bienvenida inmediatamente después del desembarco en las playas troyanas, sin ningún tipo de respiro se introduce de lleno en los avatares de la guerra. Tan pronto como descienden de la nave, los integrantes de la embajada con Neoptólmo se dirigen a la tienda de Odiseo para vestirse las armas del combate. El hilo del relato de su llegada, entonces, queda interrumpido por unas cuantas escenas bélicas y es retomado al atardecer cuando las tropas se toman un descanso de las hostilidades. Entonces se procede a la recepción, dispensada esta vez no por un alto dignatario, sino precisamente por el anciano Fénix. Esta alteración tal vez responda a ciertos ecos del episodio de la embajada de la *Iliada*, en la que la figura de Fénix desempeña un papel importante³⁷. Y aquellos lazos de afectividad hacia Aquiles que sirvieron al anciano para constituirse en miembro de la embajada³⁸, ahora los recoge Quinto para anudarlos a Neoptólmo y diseñar con plena justificación la escena de la recepción. Con rememorativas huellas de aquella ternura y familiaridad, al Fénix posthomérico le corresponde dar la bienvenida a Neoptólmo; en sus palabras no faltan las mismas alusiones a su calidad de ayo (Q.S. VII 642-643 = *Il.* IX 487) ni a las relaciones de paternidad (Q.S. VII 648-649 = *Il.* IX 481) como resortes de apoyo para contribuir a sus logros, como alabanza en un caso, como disuasión en otro. A él se le concede el honor de ser el primero en recibirle y rogarle el éxito en la batalla.

A continuación tiene lugar el banquete, componente que está ya consolidado en las recepciones como marco en el que se fortalecen los vínculos de hospitalidad mediante la entrega de presentes. Por la cantidad y enumeración de regalos, parece como si, en su afán por imitar la antigua poesía épica, nuestro poeta se contagiara de los mismos criterios del viejo código heroico, los de Fénix y Agamenón, que

36. En los poemas homéricos no se habla de la invulnerabilidad de Aquiles. Se tiene conciencia de que el hombre tiene sus límites, idea que pertenece ya a una época que es denominada *époque axiale* por JASPERS, K. (1956). *Vom Ursprung u. Ziel der Geschichte*, Frankfurt, denominación también tomada por SCHMITZ, A. art. cit., p. 139.
37. El protagonismo de Fénix en la embajada es manifiesto, pero las razones que aduce para que Aquiles deponga su cólera no logran disuadirlo, porque «hay una gran diferencia entre los ideales guerreros de ambos»; cf. BASSETT, S.E. art. cit., p. 65.
38. Se alzan voces en contra de la opinión de que Fénix fuese el principal conductor de la embajada, como defendió Page. Por su relación afectiva no podía enfrentársele a él como embajador a las órdenes de Agamenón. Él pudo ir a título personal, como un «embajador extraoficial»; cf. AILSHIE, W.K. (1965). «Phoenix rises again», *The Classical Journal*, 61, p. 101.

no los de Aquiles³⁹, en virtud de los que la dignidad de un jefe «se mide por el número y el valor de las piezas que recibe»⁴⁰.

En medio del banquete Agamenón hará también la semblanza de Neoptólemo. A la abundancia de elogios de su valor, audacia, belleza, a las que se suma la exaltación de su parecido paterno, Fénix y Agamenón encuentran la modestia como respuesta. Al Destino y a Ares remitirá Neoptólemo el juicio de su valor (VII 668-669) y, como los héroes Memnón y Eurípilo, lejos está también del tipo de osadía de Pentésilea, su atrevimiento sólo le permitirá prometer no deshonrar, *κατασχύνειν*⁴¹, la memoria de su padre (VII 703).

Este episodio de la recepción, como viene siendo habitual, esboza de forma elocuente el retrato de Neoptólemo. El valor del guerrero y la sensibilidad se conjugan en la imagen de este héroe, cuya polaridad de rasgos nos recuerda a los de Aquiles. Igual que Homero, Quinto ha querido envolverlo en esa fusión armónica de heroísmo y sentimientos nobles. Y como Aquiles en recuerdo de su padre, (*Il.* XXIV 511), también llora él ante la vista de los trofeos paternos (VII 714). El amor filial, como también percibimos en el episodio de Deidamía, y el sentido del deber guerrero, serán el *leitmotiv* de su existencia.

Con la recepción de Filoctetes se restablece de nuevo el hábito compositivo de Quinto (IX 480-528) y encontramos el mismo orden estructural de banquete durante la víspera del combate, bienvenida y regalos, descanso para iniciar al día siguiente el combate. Sin embargo, Quinto no enhebra directamente la llegada de Filoctetes con el festín como en las recepciones troyanas. Su deplorable estado físico combina mal con el inminente vencedor que las artes proféticas aseveran. La necesidad de una imagen digna de los soberbios y orgullosos héroes hará que previamente sea conducido a la tienda del médico Podalirio para que le restañe las heridas. «Su palidez se transformó en rubicundez y su dolorosa debilidad en una gran lozanía» (IX 471-472). Y en su exigencia de dar una pincelada de tinte homérico, la intervención divina de Atenea es imprescindible para recordarnos el doble plano de actuación que confluye en la recuperación de Filoctetes.

Y como en las recepciones de Pentésilea y Memnón, los agasajos corresponden al rey. El discurso de bienvenida de Agamenón contiene claros ribetes conciliadores. Una prueba de esa finalidad reconciliadora la suministra la cantidad de regalos que le ofrece. Pero este Agamenón no se limita a dar una satisfacción material, sino que llega también al reconocimiento público de su error. Su actitud dista ya mucho del orgulloso Agamenón homérico, cuyas promesas de regalos eran suficientes para una reconciliación. El de Quinto la busca por dos vías: la material, a la que aspiran los héroes de la vieja saga heroica mediante oferta de beneficios y la espiritual mediante un arrepentimiento verbal de su actuación, que tanto era bus-

39. Aunque Aquiles consideraba que eran necesarios, el rechazo de los regalos por parte de Aquiles traduce una firme creencia en otros valores heroicos; véase CLAUS, D.B. art. cit., p. 26.

40. Cf. WILSON, P.C. art. cit., p. 564.

41. Eco del término homérico que implica la vergüenza sentida ante la sociedad por algún comportamiento considerado deshonesto; sobre los dos tipos de αἰδώς, el personal y el social, cf. RIEDINGER, J.C. (1980). «Les deux αἰδώς chez Homère», *Revue de Philologie*, 54, p. 62-79.

cado por Aquiles en la embajada⁴². En este sentido se vislumbra otra segunda reconciliación, pero desde otro punto orquestada. Procede del propio poeta que con ello quiere eximir a Agamenón de sus antiguas culpas de la *Iliada*⁴³. Sus palabras sirven de plataforma para redimirlo del pasado⁴⁴. Vemos a un Agamenón transformado, pues reconoce que «Obramos temerariamente y cometimos una falta» (IX 509). Sin embargo, la actuación de Agamenón está en el fondo exenta de culpabilidad al justificarla por causas que le son ajenas. Reconoce su falta, eso sí, pero los intrincados e inexplicables hilos del destino le han inducido a obrar así. El poeta aprovecha su discurso para insertar su tesis sobre la conducta humana que compendia varios temas estoicos como el Destino, el deber del hombre sensato de soportarlo todo con firmeza, la moderación del comportamiento. Toda esta lección de moral va dirigida a un Filoctetes que la acepta de buen grado y cuya conducta de total resignación servirá de modelo ejemplificador. Pero a pesar de la inusitada moderación que destilan sus discursos y por muy transformado que nos aparezca, Filoctetes no muestra en su caracterización la belleza de un Neoptólemo.

Pues bien, para resumir todo lo dicho podemos afirmar que el tema de las recepciones de los héroes adolece del rigor compositivo al que nos tiene acostumbrado Quinto, pero también hay que decir que, pese a la evidencia de una rígida técnica en sus primeros libros que les imprime una pesada monotonía⁴⁵, el de Esmirna, consciente de ello, se esfuerza por introducir elementos de variación que afectan a la composición y en su intento por evitar esa notoria uniformidad, lo adereza con el recurso de paralelismos y contrastes.

42. Para Aquiles el reconocimiento de la verdad y la disculpa de Agamenón eran requisitos esenciales para la reconciliación; véase BASSETT, S.E., art. cit., p. 61.

43. Esta presentación menos favorable de Agamenón en la *Iliada*, para Van der Valk, quizás pueda explicarse por el antagonismo entre jonios y aqueos; cf. VAN DER VALK, M.H.A.L.H. (1952). «Ajax and Diomedes in the *Iliad*», *Mnemosyne*, 5, p. 276.

44. Quinto idealiza a sus personajes. Así, su Agamenón no posee el carácter tan irascible ni altanero de la *Iliada*; remitimos a MANSUR, M.W. (1940). *The Treatment of Homeric Character by Quintus of Smyrna*. Nueva York, p. 10-11.

45. VIAN, F. (1959). *Recherches sur les Posthomériques de Quintus de Smyrne*. París, 1959, p. 177.